

Fragmentos — Sangra por la herida de Mirta Yáñez

Gertrudis

Llámenme Gertrudis. Aunque tampoco mi nombre es Gertrudis.

Hay varias *Gertrudis* famosas. La nuestra es la Gómez de Avellaneda, la grandísima, la que puso de cabeza a todos los poetuchos de su época, hizo con su vida lo que le dio la gana y se dejó llevar donde *el hado en su furor* la arrastrase. Es verdad, tuvo que pagar su precio. Fue calumniada, despreciada por sus amantes, nadie asistió a su entierro y una sarta de envidiosos le impidió entrar en la *Academia*. Por lo demás, ya dejó de importar todo eso. Ella, la grandísima, está allá arriba en el panteón de los dioses, de tú a tú.

La otra “Gertrudis”, la Stein, fue aquella a quien el ingrato de Hemingway intentó sonsacarle todo cuanto pudo en París y luego se hizo el gracioso contando chismes malévolos en una novela. De que los hay, los hay.

A lo que vamos. Ahora la han cogido con eso de “¡qué lindos fueron los años sesenta!”. Díganmelo a mí. Como si todo aquel tiempo hubiera sido pura diversión, la gente se pone a cantar *Imagine* y aquí no ha pasado nada. Se están haciendo los bobos, los chivos locos, los suecos, ¿o qué?

Óiganme, ¿nadie se acuerda o *no se quieren acordar*?

¿Resentimientos? Cómo no. Los muertos son los únicos que no pueden tenerlos. Y cada cual va a contar su historia según la quiera ver, igual que en *Rashomon*, o mejor decir, *Rashomona*.

Yo recuerdo muy bien cómo era la Escuela de Letras, cómo era la Colina, cómo era la “Beca de F y Tercera”, cómo era la Universidad de los susodichos “años

sesenta”, lo malo y lo bueno. ¡Y cómo era La Habana entonces, caballeros! Un hervidero, un remolino, un barullo a toda hora. Lo mismo se estaba en una trinchera esperando que nos cayera un misil nuclear en la cabeza que en una banqueta del bar del hotel Flamingo oyendo tocar el piano a Meme Solís. Se empataba el día con la noche: las clases, el helado en Coppelia, la Cinemateca, el club Coctel, estudiar hasta el amanecer, exámenes, círculos políticos, conciertos, Chez Bola, el Cine Club Varona, bailes, la biblioteca, almorzar chícharos en el Comedor Universitario o una pizza en Vita Nuova, la playa Santa María del Mar, reuniones de la FEU, la piscina del hotel Riviera, lecturas de poesía en el “Parque de los Cabezones”, trabajos voluntarios, el bar de La Torre, concentraciones en la Plaza, educación física, teatro en la salita Tespis, recital en la Talía, fiestas de sábado por la noche, la guardia, trabajo con el equipo de estudio, exposición en el Museo de Bellas Artes, prácticas de tiro, asambleas de la Escuela, conferencias, peñas, tertulias, chácharas, Rampa arriba y Rampa abajo, lo de nunca acabar, ¿se acuerdan?

De noche, sobre todo, no pasaba el tiempo. Como si no se nos fuera a acabar nunca el tiempo.

Hermi

Por mucho tiempo, Hermi había sentido fascinación por un extraño cuadro que colgaba detrás del mostrador para préstamo de libros, en la sala de consulta de la Biblioteca Nacional. No sabía el nombre del autor, ni tenía idea de cuál sería la iglesia pintada en el lienzo, aquella iglesita colorida que parecía flotar en una nube, bordada de palmas, campanas, faroles, rejas, unas incongruentes botellas, cruces fantasmagóricas que se sobreponían a la fachada, y una paloma que ascendía. Una iglesia volátil como

un ave, en su transparencia y gracilidad. ¿Quién sería capaz de captar con tanta sutileza la espiritualidad? Hermi amaba aquel cuadro y hubiese sido capaz de secuestrarlo con tal de alcanzar la posesión, frente a su mirada para siempre.

Tristán le había advertido que no fuera a perderse la muestra que se exhibía en el Museo de Bellas Artes. Hermi conocía ese tonillo suyo, exultante y presumido. Y también la inutilidad de pretender que adelantara las razones. A Tristán le encantaba sorprenderla. No obstante, le previno que se trataba de un pintor desaparecido misteriosamente durante un viaje trasatlántico en su regreso de París a La Habana. Acosta León, con un poco más de treinta años, abandonó por mar el viejo continente en diciembre de 1964 y nunca llegó a tierra firme. Tristán no se conformaba con la teoría de accidente o suicidio y elaboraba una complicada trama de celos, envidias y pasiones nefandas que culminarían con un empujón criminal hacia las aguas del océano. ¡Borrado del mapa!

El tipo del “VW” insistió en acompañar a Hermi a visitar el museo, tenía esas “horitas” a su disposición, la esposa no lo esperaba temprano ese sábado. A regañadientes, aceptó ir con él, no tenía deseos de complacerlo después de su actitud en la reunión de vilipendios, arrogante hacia ella y lacayuna con los superiores, cuidando su posición y sacrificando a Hermi en aras de... ¿qué?

Había entrado un norte de febrero y lloviznaba agua helada. El tipo del “VW” parqueó el auto en una distante callejuela para que nadie lo viera bajarse en su compañía y dispuso que Hermi caminara sola hasta al museo y luego se encontrarían en el vestíbulo, como “de casualidad”. Tantos subterfugios para no ser descubierto como adúltero ya no la divertían, resultaban más bien patéticos. Empezaba a reconocerlo como realmente era, buen amante, pero necio y fanfarrón.

Apenas Hermi había recorrido unos pasos en la galería, se topó con ¡el cuadro de la iglesita! Allí, en la exposición de Acosta León, estaba la pintura, tan cerca de sus ojos que Hermi se sintió flotando también por aquel salón. ¡La Iglesia de Paula! Ese era el templo representado en el cuadro. Emocionada y presintiendo una jornada de revelaciones avanzó entre carricoches, guaraperas, barcos zoomorfos, rostros de ojos tristes, colombinas, tranvías, carruseles, tiñosas, carretillas monstruosas, semáforos, juguetes, ruedas, tornillos, hélices, palmas; y cafeteras y coladores, las únicas *catedrales de los cubanos*.

Ahí estaba en su plenitud, encerrado en un recinto de La Habana, el concepto del arte con mayúscula para Hermi. El drama de la vida estallando en una carcajada altisonante, irónica; la humildad de los objetos rearmados en una dimensión aterradora y risueña a la vez; amor y odio, creación y destrucción, agua y fuego, goce y sufrimiento, soledad y humanidad.

Sin percatarse de lo que sucedía, el tipo del “VW” aspiraba a adelantar la visita con rapidez para apurar el mal trago de la vista de aquellos artefactos incomprensibles y fuera de toda realidad racional, pura basura. De tanto en tanto, intentaba acelerar el paso de ella, sin resultado alguno. Su irritación fue aumentando en la medida que transcurría el tiempo y se alejaba la posibilidad de disfrutar un rato a solas. Se preguntaba por qué tenía que perder el tiempo con aquella mocosa decadente. La miró de lejos y la vio mal vestida y medio turulata, sintió bochorno y, a la par, aumentó su deseo de dominarla. Unas cuantas “veces” más y se deshacía de esa chiflada. No podía poner en riesgo su matrimonio por semejante rollo.

A la salida del museo, caminaron separados hacia el auto tal si se tratara de dos desconocidos. El se sentó primero y desde el timón le hizo una seña de que subiera. Hermi lo miró, negó con la cabeza y, sin palabras, le hizo un gesto de ruptura, la palma

de la mano derecha deslizándose con brusquedad sobre el dorso de la izquierda, de “esto se acabó”, luego le dio la espalda y empezó a alejarse. El tipo del “VW”, estupefacto, arrancó el auto con rabia. ¿Quién se creía ella que era para dejarlo así como así?

Mientras caminaba bajo el goteo helado, Hermi sintió como si se estuviera hundiendo, desvaneciéndose en las aguas de un mar hostil.

Mujer que habla sola en el parque

Un edificio se puso bravo y empujó al de al lado, y el de al lado empujó al otro, y el otro empujó al de más allá. Y entonces se armó un dale que dale hasta que todos, uno por uno, se fueron cayendo. Y La Habana se muere...

Estela

A tramos, la avenida Brompton Road se encontraba cubierta de parchones de nieve sucia y áspera. Estela decidió ir de compras sabatinas. La nevada caída el día anterior se había convertido en fastidiosas plastas grises. Las botas se le hundían hasta el tobillo en una escarcha, a veces compacta como granito, a veces licuosa. Estela entró a los almacenes Harrods como lo estaban haciendo buena parte de los transeúntes, algunos a comprar, otros a entibiarse y a protegerse por un rato de la humedad, otros a disfrutar de los decorados navideños. Los tránsitos techados de la enorme tienda, permitían recorrer toda la mole sin pasar frío alguno. Cada cierto trecho, las guirnaldas rojas y los árboles artificiales engalanados con bolitas color perla provocaban una impresión de castillo de fantasía. La muchedumbre cumplía con entusiasmo sus adquisiciones con el pretexto de la epifanía, a pesar de que los precios se colocaban a

alturas estratosféricas. Estela buscó un agua de colonia para después de afeitarse y pidió que se la envolvieran en papel de regalo, Oscar estaría a punto de llegar en fecha para las fiestas y quería ponerle su obsequio junto a la chimenea. Debía comprarle también algo al padre, pero después de darle muchas vueltas al asunto supuso que sería tirar el dinero, qué iba a ponerse él de vestir en aquel sitio, Estela prefería ni siquiera darle un nombre, donde se encontraba ahora. Ni pensar en un pijama de seda como los que se ofrecían en el departamento de hombres, eso no sería más que desperdiciar una considerable cantidad de dinero. Mejor le llevaba, cuando fuera de visita a La Habana, algunos retazos de tela para que alguna modista del barrio le hiciera cualquier vestimenta útil. Estela sintió la necesidad urgente de regalarse a sí misma un presente arrebatador. Vagabundó en la planta baja entre los perfumes de marca y los relojes, luego se paseó, sólo para admirar, por las modernidades de la computación, subió y curioseó entre los enseres domésticos, convenía en que poseía de todo lo anterior más de lo puramente imprescindible, así que, por último, en la sección de ropa de invierno eligió una chaqueta de cuero curtido color beige. Al mero tacto se sentía una maravilla, delicada, tersa, cremosa, con apenas unas rugosidades sutiles. A la verdad, costaba un ojo de la cara, pero la quería poseer. De inmediato. Después de salir del probador y pagarla con la tarjeta de crédito, guardó su abrigo de uso en la bolsa y se estrenó la prenda. Mientras buscaba una de las salidas de Harrods, se sintió segura y elegante. De tanto en tanto se deslizaba la manga por la nariz para apreciar el inconfundible aroma a piel nueva, a flamante objeto todavía no contaminado por sudores o emanaciones de la vida urbana. Camino de regreso, empezó otra vez a nevar. Estela bordeó con premura el parque y entró en el edificio caldeado. Había planeado pasarse el fin de semana en París, e incluso llegó a hacer la reservación en el Eurotúnel, aunque el mal tiempo le hizo desistir. Se anunciaban temporales y ventiscas en la “meteó” y la gracia de París

consistía en caminarlo. Para permanecer encerrada en un hotel mejor se quedaba en su cálido apartamento de Bloomsbury. Ya en su habitación, Estela se cambió la chaqueta por un grueso albornoz y se sirvió una copa de cognac para entrar en calor. Afuera había arreciado la caída de los copos de la nevisca sobre la cancha de juego pavimentada y protegida de intrusos por una cerca metálica. En unos minutos se revistió de una virginal capa que parecía una parcela de algodón escoltada por arbolones desnudos como un regimiento de puyas erizadas. Inesperadamente, de seguro por culpa de la visita de Lucía, le vino a la memoria el malhadado recuerdo de La Difunta. La Difunta siempre hablaba de conocer la nieve y de ir a París, aquellas eran una de sus tantas impertinencias ideológicas, de las que más le chocaban a Estela. Esa forma de ser la había llevado a la ruina.

Daontaon

Daontaon tenía esa mañana la cabeza malísima. Apenas salía de la casa, se topó con la cara de idiota del tal Martín, vigilándola desde el balcón. Nada más que eso le faltaba, que la supervisaran. ¿Será chivatón? Ja. Capaz que sí.

Aquel sueño de la noche antepasada... Daontaon matando caracoles de tierra en la azotea del edificio. **Crash**, sonaban los carapachos aplastados bajo la suela de sus zapatos. **Crash** y **crash**, **crash** y más **crash**, hasta el amanecer. ¡Ave María Santísima!

Luego, no la tranquilizaron para nada las interpretaciones que le dio Yuya, la vidente. La fulana le mostró a Daontaon una cartulina con el dibujo de un chino viejo y feo.

—El caracol reside en su manga derecha, ¿lo ves? —le explicó, relamiéndose de devoción.

Nada. Daontaon no veía nada en aquel papelucho roído por polillas, pero dijo que sí para salir de *eso*.

—Soñar con caracol avisa la llegada del Rey de Copas —precisó la vidente—. “Hombre rubio, modelo de probidad, cercanía de las artes”.

Ja. Para “las artes” estaba Daontaon. ¿Y el supuesto “modelo de probidad”? ¿Dónde estaba ese marciano, a ver? Ni en Marte. Como para morir de la risa si estuviera de ánimo.

Según su propia interpretación de los sueños, en caso de que llegara un Rey de Copas se trataría de un artista borracho. Seguro, seguro. Y los caracoles, atraso y encierro.

Así mismo fue. Daontaon estuvo toda la noche de ayer en la Estación de Policía por culpa de un pintor de manchones y garabatos (ahí estaba el “hombre rubio, modelo de probidad”). Lo tenían encerrado con otro que lo ayudó a transportar los huesos del padre. Hágame usted el favor. El esqueleto del difunto padre del *artista*, que radicaba originalmente en un panteón prestado desde hacía cuatro años, tuvo que ser removido de su reposo por vencimiento del plazo en el hospedaje mortuario. Después de la exhumación y sin tener sitio donde ubicar los restos paternos, el artista y su compinche en los hechos se tomaron unos cuantos tragos para sobrellevar la tristeza (¡ahí estaban las Copas!) y cayéndose de la borrachera, viajaron de noche en bicicleta por toda la ciudad con la intención de llegar a Regla donde el acólito poseía un patio con tierra, pedaleando el socio, el *artista* en la parrilla y el padre en una mochila. Interceptados por la autoridad y conminados a declarar qué portaban dentro del bulto, el pintor confesó que se trataba de **un muerto**. “¡UN MUERTO!”, se sorprendió el vigilante. “Sí, mire, mire, es la osamenta de mi señor padre, que en gloria esté”, y el artista, ni corto ni perezoso, desempaquetó la calavera ante los ojos severos del policía,

“Muéstreme el conduce”, solicitó el uniformado. “¿El conduce?”, se asombraron en su turno los susodichos. “El conduce”, continuó imperturbable el patrullero, “el permiso para trasladar un objeto de cualquier naturaleza desde un sitio a otro.” No, no tenían ningún “conduce” para su padre. Pues todos, incluido el esqueleto, presos.

¡Atraso y encierro!

Daontaon estuvo hasta la medianoche en la estación convenciendo al oficial para que los dejaran libres, fíjese, compañero, que se trata de una *personalidad* del municipio. La “personalidad del municipio” dormía la mona y roncaba, abrazado a la mochila con los huesos de su difunto.

Si cuando ella lo decía: La Habana está llena de gente trastornada. Y se reconcentran en Alamar.